

Él era mágico

María Camila Serna Jaruffe

María Camila Serna

ÉL ERA
MÁGICO



Capítulo 1

Marco histórico

En las elecciones de 1932, el Partido Nacional Socialista de los Trabajadores (Partido Nazi) es la fuerza más votada, y el presidente Hindenburg nombra canciller a Hitler.

La propaganda del Partido Nazi alimentó el sentimiento de humillación alemán tras su derrota en la Primera Guerra Mundial. Hitler pensaba que el territorio de Polonia había pertenecido a Alemania desde siempre. En la conferencia de Múnich de 1938, Alemania recupera los Sudetes con consentimiento de Francia y Gran Bretaña. La debilidad de estas naciones hizo crecer a Hitler. Y el nazismo y marxismo llegaron a un acuerdo. Un pacto de No agresión.

El acuerdo estipulaba que el país (Polonia) sería anexionado y dividido en dos áreas: una para los soviéticos y la otra para los alemanes. Stalin aceptó firmar por la desconfianza que le tenía a la debilidad de la Sociedad de Naciones Unidas, quienes querían evitar una agresión alemana. Hitler lo hizo para ganar tiempo para su invasión a Rusia. Ambas potencias recelaban entre sí.

Intervinieron fuerzas acorazadas y motorizadas, apoyadas estrechamente por la aviación. Estas formaciones irrumpieron en las líneas polacas desarticulando las comunicaciones y tomando por sorpresa a los altos mandos del Ejército. Pese a su firme oposición, los polacos no pudieron responder de la misma manera.

A pesar de la declaración de la guerra, Francia e Inglaterra no acudieron a la defensa activa del territorio polaco. Las últimas unidades se rindieron el 6 de octubre. Así desapareció la segunda república de Polonia.

Gran parte de su población fue sometida al dominio y represión de los alemanes. Especialmente significativo fue el caso de la comunidad judía, exterminada en buena medida en los campos de concentración o fallecida a consecuencia de las inhumanas condiciones que sufrió en guetos como los de Varsovia o Cracovia.

Muchas de estas personas murieron, y algunas, vivieron para contarlo.

Karol

28 de agosto de 1939

La cena transcurría tranquilamente hasta que llamaron a la puerta. Fui hasta allí, como de costumbre, pero Ruth, mi madre, me dijo:

— Sabes que no es seguro.

Así que mi padre, Ernest, abrió. Cerré los ojos con fuerza para evitar ver a la persona responsable de interrumpir nuestra cena familiar.

Al pasar los segundos me di cuenta de que nada pasaba. Cuando abrí los ojos visualicé a un hombre alto, de cabello castaño y de ojos verdes. Lo recordaba de las reuniones a las que acudía con mi padre. Mi padre era cadete y bueno, era muy reconocido por su labor. Así que por eso lo acompañaba a aquellas reuniones.

El oficial ocupaba el típico sombrero militar. Lo puso en medio de su torso. Yo me quedé sorprendido. Hace tiempo que no veía a nadie hacer eso. Cuando se hace eso es qué hay malas noticias.

— Los alemanes están en la frontera, Kalas — dijo el oficial dirigiéndose a mi padre. Ernest solo mostró una expresión de mudo horror en su rostro. Sabía una cosa, que los enemigos estaban buscando lo que creían suyo desde el principio.

— ¡¿Qué?!— exclamó mi madre asustada. Ella provenía de una familia judía de alta categoría, la que había contribuido económicamente con la gran guerra. Conocía el cruel destino de su pueblo, ya que había escuchado por parte de su esposo las creencias ideológicas de Hitler, y eso la había llenado de un miedo estremecedor.

— Las comunicaciones están cortadas. Parece que acordaron anexarnos a su territorio. — dijo el jefe de mi padre.

— ¿Estás seguro de lo que dices, Cuthbert? — cuestionó mi padre.

— Completamente, Kalas.

Mi hermano Miron, mayor que yo unos cinco años, me miró con determinación. Era de cabello moreno. Sus ojos avellana contrastaban con su piel pálida. En cambio, yo era rubio y de piel bronceada. Mis ojos eran grises, como un día nublado.

— Si se declara una guerra, yo seré el primero que luche por mi pueblo — dijo seriamente Miron.

Mi padre exclamó:

— ¡Ustedes dos ocúpense de sus propios asuntos fuera, que los adultos necesitamos hablar!

Miron lo fulminó con la mirada. Lo único que hice después de eso fue mirar para abajo. Cuando alcé la vista el oficial me miraba con algo que había perdido ya. La esperanza.

Se acercó a mí y puso su mano en mi hombro. Pude darme cuenta de que sus ojos verdes eran verdaderamente hermosos. Me dijo:

— Hijo, si la esperanza se va, lo único que tienes que hacer es recuperarla a toda costa de dos maneras, amando a una persona o amarrándote a tus sueños.

Su mirada solemne pudo devolverme la esperanza, pero un brote de sueños fue lo que lo hizo. Un brote de sueños para el mundo. Un mundo donde todos somos diferentes, pero iguales como seres humanos. Parece que ese mundo no existe porque nos dividen. Algún día existirá, o eso quiero creer.

Abrí la puerta seguido por mi hermano. Él se sentó en las escaleras a fumar tabaco, me ofreció un poco, sin embargo, me negué. No quiero contaminarme los pulmones con esa tontería. Últimamente Miron está muy autoritario y rebelde; un día lo arrestaron por daños públicos a la infraestructura de una estatua.

Seguí bajando las escaleras hasta llegar a la calle. Sorprendentemente las casas estaban en silencio y la cuadra vacía. Excepto por el chico que vivía en la esquina. No sabía mucho de él, sólo que era un bastardo, no como insulto a su persona, sólo que era la verdad. Pensándolo mejor sí que era un insulto a su persona.

Noté su mirada en mí apenas me senté en la acera. Decidí hacer una pelea de miradas con él. Sus ojos negros y mis ojos grises chocaron brutalmente. Hasta que se rindió, me regaló una sonrisa y se puso en pie para entrarse. Fruncí el ceño. A los cinco minutos de él haberse ido empezaron a sonar sin parar las sirenas. Entré corriendo al apartamento y me encontré a mis padres rezando junto al oficial. Miron no estaba por ningún lado. Los acompañé en sus oraciones de protección al mundo.

Cuando llegó la noche no pude pegar el ojo. Sabía que íbamos a ser invadidos. Lo sabía de corazón. Mis instintos de supervivencia estaban en total alerta, todos mis sentidos preparados. Pensé en la escuela, en mis amigos del barrio. Hasta repasé de memoria toda mi existencia. En que a los cinco años me raspé las rodillas y mi hermano me cargó en sus hombros. En ese pequeño amor que mi hermano me ofrecía, porque él era

una persona difícil, no mostraba sus sentimientos. En que quería ser corredor olímpico. En un millón de cosas que soñaba, pero que por culpa del mundo no iba a cumplir.

Al final lo único que pudo tranquilizarme fue la sonrisa calmada del muchacho de la esquina. Sus ojos negros, su cabello del color del carbón, su piel rosácea. El estuche de violín que llevaba consigo siempre, a todos lados, hasta al colegio. Sí, iba a la escuela con él. Sólo que era dos años mayor. Pensé en él hasta quedarme profundamente dormido.

Lucía

25 de abril de 1955

El atestado mercado llena todos mis sentidos. Las risas de los niños, los chismes de las señoras y el olor de la fruta fresca me inundan por completo.

Las ventas, como siempre, van por buen camino. Las campanas de la parroquia se oyen a lo lejos anunciando la misa del mediodía. Y yo acompaño a mi abuela a hacer las compras de la semana.

Así transcurren las mañanas dominicales en pueblo pequeño.

– ¿Cómo estás, Lucía? – me pregunta el señor que vende el arroz. Lo conozco desde pequeña. De hecho, aquí todos se conocen.

– Excelente, señor Carlos. – le respondo con una sonrisa.

La verdad es que el día está hermoso, desearía aprovecharlo con lo que más me gusta hacer en el mundo, tocar el piano.

El hombre deposita tres puñados de arroz en una bolsa y la cierra para mí. Sigo mi camino esquivando a la gran multitud. Me faltan algunas cosas, como lentejas y cebollas rojas.

Localizo a mi abuela con la mirada. Cuando estoy a su lado me dice:

– Me puedo encargar de las lentejas y cebollas, mientras tanto tú puedes dar una vuelta en lo que termino, ¿sí?

Al oírla suspiro de alivio, anhelaba un rato de soledad.

– ¡No vayas muy lejos! – la escucho gritar cuando me voy alejando.

Capto la maravillosa mañana con la mirada. Y obviamente, no le hago

caso a mi abuela.

Dejo atrás la plaza del mercado para adentrarme en las estrechas calles del pueblo. Las casas son coloridas, muy coloridas. Rojas, azules, rosadas y anaranjadas. Sus puertas destacan mucho, por lo enormes que son. Todas llenas de cerrojos.

Ante la belleza del pueblo tropiezo algunas veces con el suelo empedrado. Ríe ante mi torpeza.

Llego a los límites. Hay un lugar demasiado especial al cual espero llegar. Allí puedo reflexionar. Camino unos cuantos metros más. Admiro el verde resplandor que ilumina la zona.

Un claro en medio de la nada absoluta. Les presento mi lugar para pensar.

La sorpresa me estremece cuando escucho una suave melodía llegar a mis oídos. Imposible. Nadie pisa este lugar más que yo, o eso creía.

Sin dudarlo persigo ese dulce sonido. Cada vez es más fuerte y sobrecogedor.

¿Quién será capaz de transmitir tantos sentimientos?

Podrá ser dulce, pero es chocante. Da a entender que el intérprete sufrió y aún sufre una gran pérdida.

Me encuentro con un hombre. Me acerco lentamente hasta quedar frente a él. Sus ojos están cerrados.

Se le ve demasiado concentrado.

Lo observo detenidamente. Su cabello es negro y su tez pálida. Tiene la frente brevemente invadida por varios rizos. Su nariz es aguileña. Posee unos labios pequeños y rosados, muy rosados. La forma de su mandíbula es cuadrada.

Su postura es elegante. Mantiene la espalda totalmente recta y sus movimientos están llenos de una pasión atrapante.

No parece un ser de este mundo.

Su música me tiene en una especie de trance. Podía haberlo observado como una idiota por todo el día, a no ser por la interrupción de una voz distante:

– Señorita. – me llama una caótica voz.

El violinista me mira atentamente y con motas de preocupación. Sacudo la cabeza para sacarme de mi ensimismamiento.

– ¿Se encuentra usted bien? – pregunta ante mi silencio.

– De maravilla. – le contesto.

Sonríe. Y juro que casi me mata.

– De entre todos los lugares, ¿por qué eligió este para tocar? – pregunto.

¿De todas las preguntas normales que hay tuviste que preguntar algo tan inoportuno?

Es la primera vez en mis escapadas que me encuentro con otra persona. Su respuesta debe ser la misma que la mía si estuviera en su lugar, por la tranquilidad e inspiración. Sería difícil trasladar el piano de cola de mi bisabuelo hacia el claro, pero ya entienden mi punto.

Piensa un poco y responde:

– La primera vez que le dediqué una pieza a una persona fue en un claro. Me trae buenos recuerdos. – dice mirándome a los ojos. – Esa es la razón.

Encuentro tanto un dolor profundo como amor en su mirada.

– Se ve que entiende de música. – dice dándome la espalda y extendiendo los brazos. Mi silencio dice más que mil palabras. – Déjeme adivinar... Pianista, ¿verdad?

Da en el blanco.

– ¡Brujo! – exclamo. – Sólo es un pasatiempo. – voltea para enarcar una ceja. – Bueno, y mi sueño.

– Pero, tocar el piano la convierte en pianista automáticamente.

– No en una famosa.

– ¿Ha dicho famosa? – pregunta riendo.

No entiendo la gracia.

– La fama no importa mientras amas lo que haces, después se convierte

en rutina.

Sus ojos negros van a los míos, y se posan en ellos con determinación.

–¿Quién eres? – pregunta el violinista.

– Una soñadora. – respondo sin dudarlo ni un segundo. – ¿Y tú? – le pregunto.

– Un bastardo. Un cobarde. Un mentiroso. Ese soy yo. – lo recita como si fuera un mantra y su respuesta me deja atónita. La forma en la que lo dijo fue sin vacilaciones. Sabe qué es y no teme serlo.

Sigue tocando la dulce melodía de antes. Y yo, Lucía Mosquera, lo observo cautivada.

El mundo se detiene unos segundos para escuchar. Me siento en la rasposa hierba cubierta por el rocío. Mi falda a cuadros se moja un poco, pero le resto completamente la importancia. Entre nosotros pasan las horas, hasta que me doy de que dejé a mi abuela sola con toda la compra y que voy tarde a casa.

– ¿Cómo te llamas? – le pregunto al hombre.

– Me llamo Roderich Kalas, pero me puedes decir Rodrigo. – ¿Y usted?

– Lucía Mosquera, encantada de conocerlo.

Nos miramos fijamente. Él extiende un brazo para ayudarme a levantar. Lo hago y él me pregunta:

– ¿Puedo acompañarla a casa?

Lo miro con la ceja alzada.

– Está muy oscuro, puede pasarle algo en el camino.

– Soy una chica independiente, eso me enseñó mi abuela, tengo la capacidad de cuidarme, pero si usted gusta puede hacerme compañía – digo y entre risas vamos caminando y conversando por el lugar.

Karol

1 de septiembre de 1939

Mi padre estaba regulando la seguridad en la ciudad. Eran las 5:30 de la mañana y nuevamente no podía pegar el ojo. El alto mando, Cuthbert, venía todos los días a saludarnos, le habían encomendado ayudarnos.

Bueno, la verdad es que no. Cuando cumplí cinco años los judíos empezaron a ser perseguidos por toda Europa. Y las cosas empezaron a ser difíciles para nosotros. No me acuerdo mucho, no obstante, mis padres me contaron que mi colegio había violado ciertas normas para aceptarme. El mundo giraba si rompías las normas también, decían ellos cada vez que cuestionaba la decisión del colegio. No creía que valiera la pena arriesgarse por una persona como yo.

Un día cuando dije eso mi hermano me dio una cachetada y rompí en llanto.

– Somos afortunados. Somos extraordinarios y tenemos el mundo en nuestras manos, porque nos digan un par de altos cargos lo contrario no quiere decir que no lo tengamos. – No vuelvas a decir algo así, porque nuestros padres estarán decepcionados de tu pensamiento tan deprimente y no quieres decepcionarlos, ¿verdad?

– Están pasando tantas cosas a nuestro alrededor, Miron. – Estoy empezando a pensar que somos lo que dicen, porque, ¿por qué nos condenarían la existencia así?

– Yo tampoco lo entiendo, Kal.

En fin, el alto mando nos llevaba comida y suplementos de baño. No tenía por qué hacerlo, sin embargo, se sacrificaba. Era muy buena persona, hasta nos dijo que huyéramos con él. Revisé mi reloj de mano, era un artilugio de alto costo que a mi padre de regalaron cuando viajó a Suiza, eran las 6:00 en punto. Estuve recostado un tiempo hasta que escuché algo extraño.

Sirenas, de nuevo. Pero, esta vez eran estridentes. No me dejaban pensar. Sirenas, en mi mente. Sirenas, en mi corazón. Mi madre entró a mi habitación de una forma que me asustó, por su expresión supe lo que pasaba. Habían entrado a la ciudad.

Ella fue a mi encuentro, me abrazó fuerte y lloró en mis brazos. Mi hermano Miron estaba desaparecido, como siempre. Puedo jurar que lo odié con toda mi alma en ese momento, me dije: "Ojalá la pase algo para ver si es tan atrevido después". Sabía que había obrado mal de pensamiento, de una forma maquiavélica. Lloré un poco por mi pensamiento. Y por haberlo odiado, hasta oré una plegaria.

Como mi padre estaba en el centro de la ciudad, seguramente luchando con todas sus fuerzas contra los alemanes, mi madre y yo bajamos al depósito que había en el sótano del edificio contra bombardeos. Allí pensé en el muchacho de la esquina y oré porque estuviera bien.

Las sirenas se siguieron escuchando a lo lejos.

Todo hasta que caí en los brazos de Morfeo.

Cuando mi madre me despertó, dijo:

– Miron sigue desaparecido.

Mi corazón dio un vuelco enorme. Le deseé técnicamente la muerte a mi hermano mayor. Lo que deseas, se cumple, dicen. Un toque en el depósito nos hizo sobresaltar. Ruth, abrió trampa con el corazón palpitando en la garganta. Una voz conocida nos alegró, era el oficial Cuthbert, junto con el imbécil de Miron.

Mi madre lo miró acusadoramente.

– ¡Miron Kalas! – gritó ella. – ¡¿Cómo se te ocurre desaparecer así?!

– Estaba buscando comida, mamá. – dijo mi hermano como un niño regañado. – Y bueno, me encontré con Cuthbert.

– Oficial Cuthbert, Kalas. – dijo el alto mando. – Debemos irnos de la ciudad de inmediato.

– Lo lamento, no seremos unos cobardes, huir no está en nuestra sangre.

– Si, oficial Cuthbert. – No haremos nada de eso y mi padre está ayudando en el centro.

– Hijo, tu padre fue llamado al frente, le acabo de contar a Miron.

Nuestra madre nos miró con determinación.

– Ahora, muchachos, estamos completamente solos en el mundo.

Lucía

4 de mayo de 1955

Los días pasan como rayos. Las noches sin apuro alguno. El insomnio se apodera de mí siempre, como cada noche desde el accidente. Pero, mis pensamientos no rondan a ese hecho, sino a cierto violinista de cabellos negros que conocí hace una semana, más o menos.

Recuerdo sin parar su elegancia, su concentración y la forma en la que aceptó sin dudar sus defectos. Ese hombre me dejó totalmente atónita. Su identidad y procedencia me tienen intrigada. No puedo pensar en otra

cosa.

Sacudo mi cabeza. Tengo que prestar atención a la clase. En vez de pensar en un completo desconocido debo hacerlo en la hermana Mónica, mi mejor amiga y reemplazo de madre, la cual no ha venido en toda la semana. Sin contar el extraño comportamiento de todas y cada una de las hermanas del colegio.

Puedo notar que mis compañeras están pegadas al cuaderno, mientras que yo, que ya terminé, tengo la vista fija en los movimientos de la profesora suplente. Levanta la mirada y me fulmina con ella.

Loca. Como todas aquí.

Nuestra confrontación es inoportunamente interrumpida por la llegada de la hermana superiora. La loca reina. Una mujer que solo quiere mi sufrimiento y mi cabeza en bandeja de plata.

Esperen, creo que estoy exagerando. Quiere el sufrimiento de todas.

Nuestro odio mutuo comenzó en tercer grado cuando en un trabajo grupal dije que quería salir del pueblo para estudiar música y convertirme en una pianista de fama mundial. Ella lo único que hizo fue reírse en mi cara.

Le demostraré que puedo. Soy capaz. No por eso he luchado y luchado durante más de una década para aprender a tocar piano correctamente, sino porque es lo que me hace feliz. Lo que me hace sentir viva. Gozo de una libertad incondicional cuando toco el piano. Todos mis demonios desaparecen cuando estoy ante las teclas. Ellas son mi hogar. Y deseo, de verdad, que lo sean siempre. Así que nunca voy a dejar que una persona reprimida, como ella, quien nunca tuvo un sueño propio me quite el mío. Porque es injusto.

– Niñas, debo hacerles un anuncio.

Creo que es lo que creo que es.

– La hermana Mónica, su profesora, ha sido expulsada de la institución por motivos que ustedes, unas señoritas, no deberían saber.

No puede ser. Imposible.

– Hermana superiora, usted sabe que Mónica es como mi madre. – Merezco una explicación – digo lo más razonablemente que puedo.

Me ignora y sigue hablando:

– Pero, tenemos buenas noticias. – dice sonriente. – Hay una persona que va a reemplazarla y les aseguro, niñas, que es muy interesante.

Toda la clase voltea hacia la puerta. Hay un hombre. Trae una americana gris y unos pantalones de vestir del mismo color. Abajo de la chaqueta trae un suéter de color rojo y zapatos negros. La loca tiene razón. Se ve interesante, pero no por su vestimenta, sino porque es el violinista o el loco de las carreritas, como yo lo llamo en secreto.

La persona que no me ha dejado dormir en una semana entera entra a la habitación como si nada, como si no estuviera estática y con un nudo en la garganta. Él es el suplente de una de las personas que más amo.

– Buenos días. – dice el hombre. Coloca el maletín en el escritorio y voltea a mirarnos. – Mi nombre es Roderich Kalas y seré su nuevo profesor. – Espero que nos llevemos bien.

La hermana superiora le susurra algo al violinista y se va. Él empieza a organizar unos papeles hasta que me señala y pregunta:

– ¿Cómo te llamas?

– Lucía Mosquera, señor.

– Hazme el favor de abrir todas las ventanas, Lucía. – me pide mientras se coloca unos lentes de montura dorada en la nariz. Abro cada una de las ventanas.

– Señor, ¡por favor! – se queja mi compañera Sol, una chica muy extrovertida y aplicada.

– ¿Cómo es que voy a enseñarles en la oscuridad? – pregunta. – La llegada del conocimiento está relacionada con la luz, por eso la edad media, época en la cual la mayoría de las personas eran ignorantes y perros de la iglesia católica, se le conoce como una etapa oscura y le precede al renacimiento. Por la falta de conocimiento. La oscuridad no nos deja aprender, nos nubla.

Sol se queda muda y no dice nada en el resto de la clase. En el transcurso de ésta nos presentamos y aprendemos un poco de historia. Después cada una se levanta del puesto y va a descanso. En cambio, yo espero al profesor.

– ¿Cómo estás, violinista? ¿Dónde dejaste tu violín? – pregunto mientras me dirijo a la puerta. Cierra con llave y me sonríe.

– Más que bien, soñadora. – Viendo el sueño de mi vida. Me guiña el ojo,

como cuando me vio en el salón.

Caminamos lentamente por el pequeño parque. Es un día soleado, sin complicaciones. Las chicas se divierten corriendo o entre chismes, mientras nosotros hablamos.

– El violín lo dejé en mi casa de acogida.

– ¿Algún día me hará una dedicatoria? – pregunto esperanzada. Amé como tocaba, fue muy talentoso.

– Puede ser. – contesta. – ¿Con quién vive, Lucía?

– Con mi abuela. – sonrío con un poco de pesar. – Soy huérfana.

– Lo lamento, no debí hacerte recordar malos momentos.

– No se preocupe, profesor. – Ese tema lo superé hace mucho tiempo.

– Parece una chica fuerte. – observa el pelinegro.

– No me subestima.

Llegamos hasta el puesto de meriendas.

– Quiero una empanada de pollo, por favor. – le digo a la señora que atiende.

– Tranquila, yo pago. – dice el hombre sacando su cartera. – Dos de esas, por favor.

Las recibo asombrada. Nunca nadie me había comprado algo para compartir. Me gustó ese gesto.

– Gracias, profesor Kalas.

– De nada, y dime Roderich o su interpretación al español, Rodrigo, ¿sí?

– Lo haré desde ahora.

Terminamos nuestras empanadas y nos dirigimos a nuestros respectivos salones. La última hora es Arte con la hermana superiora. Espero que no se meta conmigo. Esa señora merece una prueba de su propia medicina. Me parece imposible que no acepte los sueños de las personas.

Acomodo el caballete adecuadamente e intento pintar una naranja. La mirada inquisidora de la hermana sigue todos mis movimientos. La llama una profesora y ella acude. Suspiro aliviada e intercambio miradas con

Luna, otra compañera.

Cuando la clase acaba la hermana superiora me retiene por el hombro, aprieta muy fuerte.

– Varias hermanas me contaron que andas de indecente con el profesor nuevo, Mosquera. – me dice al oído.

– Sólo hablábamos, hermana superiora. ¿Desde cuándo hablar es malo? – le pregunto.

– Él está comprometido con una señorita de la alta sociedad o eso me han dicho.

– Me va y me viene. – digo zafándome del agarre y tomando el camino para irme a casa.

– ¡Señorita Lucía! – me llama Rodrigo a lo lejos. – Vamos juntos a casa.

Lo ignoro y continúo caminando. Si es verdad lo que la hermana superiora dice tengo que alejarme un poco de él, sólo un poco.

Cuando llego a casa dejo el bolso y recorro los extensos pasillos hasta el comedor. Allí está ubicado el piano de cola de mi bisabuelo. Fue un importante político del departamento del Atlántico, pero lo amenazaron de muerte y junto a su familia, dejó su hogar y se trasladó a pueblo pequeño. Lo hicieron alcalde del pueblo e hizo reformas importantes, las cuales están todavía vigentes.

Me siento en el piano. Repaso las notas musicales una y otra vez. Aun así, no me siento totalmente preparada para practicar. Mis pensamientos se van hacia cierto violinista, me pregunto qué estará haciendo, en quién estará pensando. Sacudo la cabeza y fijo mi mirada en las teclas. Interpreto una melodía firme, de una persona que lucha contra sus miedos. Hay miles de miedos en mi cabeza, también preguntas.

La hermana Mónica era como mi madre. Lástima me la quitaron. Las lágrimas caen por mi rostro. Una guerra no declarada me quitó a mis seres queridos, tres de ellos.

Subo a mi habitación. La tristeza me invade. Al caer la noche escucho el ruido de algo golpear contra la ventana de mi cuarto. Me levanto y veo a Rodrigo con su estuche de violín. Lo miro con esperanza. Él lo único que hace es ponerse a tocar.

Creo que he encontrado a mi ángel.

Karol

8 de septiembre de 1939

Han pasado 7 días desde que mi padre se fue al frente. Mi madre es enfermera, así que le toca trabajar todo el día. Mi hermano Miron desaparece todas las tardes, dejándome solo en el apartamento. Las casas y edificios de alrededor han sido destruidos, el nuestro por poco lo será. Estoy en una situación terrible. La única compañía que tengo es la del muchacho de la esquina, que cada tarde se sienta, sin importarle las sirenas, ni que lo pillen nuestros enemigos.

Por cierto, estamos resistiendo bien. O eso al menos es lo que nos hacen creer. La guerra fue declarada por nuestra invasión. Fuimos el detonante de una segunda gran guerra. Eso no me hace sentir importante, ni nada, sólo me dan unas severas ganas de vomitar todo el contenido que hay en mi estómago. Nuestros corazones, junto con nuestro país han sido tomados. Eso es algo que nunca perdonaré.

Mis pensamientos son interrumpidos por la inoportuna llegada de mi hermano. Lo observo con severidad, él alza las cejas y dice:

– Haz algo por tu vida y ven conmigo.

Estoy contando para buscar a mi hermano. Esto es un juego de niños. No entiendo por qué quiere que lo encuentre. Busco por todos lados. En una esquina, en otra esquina. Pero, nada. Pienso qué es un juego de él. Vuelvo al apartamento y lo espero. No vuelve en todo el día. Cuando mi madre llega me mira, parece querer preguntar por Miron. Aprieta los labios y asiente con la cabeza.

Voy a mi habitación. Me descargo. Puedo entenderlo, mi hermano mayor se ha ido para siempre. Así, sin más. De seguro se fue en una camioneta militar robada o se fue para Suiza. No quiero creer que una bomba lo alcanzó. He escuchado que han matado a miles por tonterías. Mi pena crece por momentos. Lo peor es que hace dos días le pregunté:

– ¿Algún día nos dejarás? ¿Es verdad que te irás a luchar por nuestro pueblo?

– Ni por todas las estrellas del cielo los dejaría a ti y a mamá.

– No te creo.

– *Algún día, seremos nosotros de nuevo – cantó– Algún día, cuando las estrellas se hayan consumido. Algún día seremos sólo tú y yo. Jugaremos*

en el jardín de Dios, con querubines y buenos sueños. Algún día.

Esa canción siempre la cantábamos entre los dos. Le seguí a la siguiente estrofa.

– Algún día seremos uno. El cielo resplandecerá como cuando nace un ángel. Algún día tú y yo estaremos unidos, como uno solo. Serás mi amor y yo el tuyo. Algún día. – terminé de cantar.

Con esto nos abrazamos.

Juro no volver a confiar en alguien. No es su culpa. Sólo me dio falsas esperanzas, dijo que ni por las estrellas del cielo nos dejaría y al final, lo hizo, nos dejó.

¡Nos dejó!

Llego hasta mi ventana y observo la noche tan extrañamente tranquila. Sin ninguna sirena que anuncie bombardeo ni camiones nazis rondando por allí. Lo único que hay es un extraño silencio. Ante mi ventana, mi pequeño mundo, encuentro un cielo estrellado y una estrella, que nunca había visto, ha aparecido en el firmamento.

– Miron – pienso en voz alta.

Rezo por él y pienso otra vez en voz alta:

–Se ha convertido en una brillante estrella. – sonrió antes de que el llanto acuda a mí.

Lucía

5 de mayo de 1955

Las clases impartidas antes eran aburridas, lo lamento por la hermana Mónica, mi antigua profesora, pero es la verdad. Ahora que ha llegado Rodrigo parece que una nueva brisa de cambio ha volado los cimientos de mi vida. Sabe demasiado sobre historia, matemáticas, filosofía, entre otras materias. Siempre le presto suma atención cuando empieza a hablar.

– Hoy les hablaré de uno de mis temas favoritos. – dijo. – Levante la mano quién sabe de mitología griega.

Levanté la mano lo más rápido que pude. Había leído las obras de Homero y otras cuantas. Sabía mucho del tema.

– A ver, Lucía.

– Tengo mucho conocimiento del tema, uno de mis dioses favoritos es Apolo.

– Comparte con la clase uno de sus mitos.

– El de Jacinto; déjeme pensar, él y Apolo eran amantes, ¿verdad?

Rodrigo tenía una mirada de tristeza en su rostro. Asumí que era por el mito, el que terminó tan trágico.

– Lucía, espera, ¿dos hombres? – preguntó una compañera llamada Camila. La mirada de todas era de sorpresa. Pareciera que no supieran que eso era correcto y no algo malo.

– En la antigua Grecia eso era algo muy común. Amantes mayores con menores. – dijo Rodrigo.

– Jacinto era el príncipe de Esparta, Apolo se enamoró profundamente de él por su belleza.

– Pero ¡qué superficial! – dijo Luna. Ella tenía el cabello en tirabuzones dorados y unos ojos verdes hermosos. – Debería amarlo por su personalidad.

– Sin interrupciones, Luna. – acotó Rodrigo.

– Después de varios encuentros, ellos estaban practicando con el disco dorado del dios de la música. Apolo lo lanzó fuertemente para impresionar a su amado, la fatalidad es que Jacinto intentó atraparlo, sin embargo, le cayó directo en el cráneo y cayó muerto. – El dios no permitió que Hades, el dios del inframundo, reclamara el alma de su amado; dicen que de la sangre derramada de Jacinto hizo brotar una flor, el jacinto.

– Gracias por tu aporte, Lucía.

Le dediqué una sonrisa de alegría a Rodrigo. Lo que no sabía es que Sol, una de mis compañeras, lo notó y me observó con celos.

Me encuentro en el lugar más inesperado. La enfermería del colegio. Una compañera me lanzó una pelota a la cabeza y me desmayé en el acto. No me van a dar el alta hasta que la enfermera llegue de su descanso.

Mis pensamientos son turbios. Recuerdo aquella vez que me dejaron en el cementerio para morir. Tenía unos 10 años.

Asistí al funeral de mis padres y mi hermana como única invitada. La abuela no fue ese día por vergüenza. Mi familia nunca fue muy querida en el pueblo, lo que sí fue es envidiada. Éramos de las casas más privilegiadas. Sin embargo, todo cambió con la muerte de mis padres.

Mis ojos se posan en el techo. Mientras los recuerdos arden en mi corazón como fuego.

Un día fuimos en familia a dar un paseo. Lo que no tomamos en cuenta fue el cartel de ADVERTENCIA. Fuimos tan ingenuos. Las risas se convirtieron en gritos de dolor. Las balas llegaron a través de los árboles, quedaron incrustadas en los cuerpos de mis padres. Casi muero ese día, pero mi hermana mayor me cubrió en sus brazos. Fue tan valiente. Tamara, la valiente. Sin ella no estaría aquí.

No sabía que era lo que pasaba. En cuanto todo acabó me aparté de mi hermana. Y vi mi ropa manchada. Manchada de sangre. Los cuerpos de mis padres desvanecidos. El día a punto de culminar. Imaginen eso. El dolor de una niña al perder a sus progenitores y su mayor admiración en el acto. Mis gritos inundaron todo el prado. El sufrimiento era incontenible.

Aún no entendía lo que pasaba, así que golpeada por la realidad me derrumbé en la hierba. Mis ojos abiertos como platos contemplaron el cielo. Su belleza ya no me mataba. Como dije antes el dolor era demasiado.

Cuando desperté entendí. Corrí hacia el pueblo. Allí pedí ayuda, lo cual vino a regañadientes. Días después celebraría el funeral de mis padres. Sola. Y prepararía este discurso:

Queridos Papi y Mami:

Gracias por todos los bellos momentos que pasamos juntos. Las comidas llenas de amor, los cuentos de buenas noches y la melodía del piano que nunca faltaba en las frías noches. Los amo. Y a Tamara, gracias. Gracias por cuidarme de tantos peligros. Ahora tendré que valerme por mí misma. Sin embargo, les hago una promesa, nunca dejaré de ser la Lucía alegre que ustedes conocieron, la que los apoyaba en sus decisiones y los seguía en el camino correcto. Hasta muy pronto. Nos encontraremos en un campo lleno de rosas cuando me llegue la hora. Nunca los olvidaré.

Después de recitar dichas palabras lloré como nunca. Los ayudantes habían partido hace rato. En mi soledad encontré el alivio. Aunque fue difícil. Ya que el dolor no me permitía estar tranquila.

Ningún consuelo. Ningún abrazo vino a mí. Nada. Lo que una niña o cualquier persona necesita en dichos momentos son palabras de afecto.

Pero, a mí nunca vinieron.

Tales recuerdos me hacen llorar. Alguien interrumpe mi soledad. Mi mirada se dirige a la puerta. Rodrigo.

– La enfermera te ha dado de alta. –dice. – Me la acabo de encontrar.

Se aproxima a la camilla y me mira directamente a los ojos.

– ¿Qué es lo que te aflige? – pregunta preocupado. Su ceño está levemente fruncido.

– El pasado.

– ¿Ya somos dos, sabes? – comenta. – El maldito no me deja en paz una noche. Toma asiento en la camilla.

– ¿Es muy fuerte lo que te pasó?

– Sí, comienza desde antes de mi nacimiento. Es lo único que diré. Lo miro de soslayo. No voy a conformarme con eso.

–Ese tema será para después.

Nos levantamos y atravesamos todo el colegio. El hombre toma mi mano y empieza a correr, le sigo el paso.

–¿Nunca te has escapado? – pregunta mientras doblamos una esquina.

–No.

–Siempre hay una primera vez.

Nos escabullimos detrás de la puerta que lleva al patio principal. Afortunadamente no hay ninguna hermana vigilando. Salimos triunfantes. Me siento la campeona del mundo.

Corremos por todo el pueblo. Y nos olvidamos de los malos recuerdos que acechan nuestras mentes.

Nos perseguimos como niños pequeños hasta llegada la noche. La cual se presenta luminosa, como aquella vez tan trágica.

Karol

3 de octubre de 1939

Un camión lleno de soldados arribó en la esquina.

Hace unos días que los alemanes habían llegado a la ciudad. Los soldados del frente polaco, mi frente, hacían lo que podían porque el enemigo no hiciera nada a los inocentes civiles, los cuales no paraban de temblar del terror por las bombas destructoras de edificios y monumentos.

Era de noche. Nos habíamos rendido después de tanto luchar. Mi corazón cayó, junto con los de los demás. El muchacho de la esquina lo había visto sólo dos veces en el mes y en una de ellas su sonrisa desapareció definitivamente.

Además de que el oficial Cuthbert decidió huir.

Él me dijo:

– Tu padre ha sido muy valiente, siempre fue alguien honrado. – He trabajado con él desde hace años y bueno, también te he visto crecer. Me es muy duro dejar la ciudad e irme para otro país. Abandonar a la única familia que tengo, que son ustedes.

– Señor – le dije. – Gracias por todo su servicio, ha sido un oficial muy valeroso, buena suerte.

Posé una mano en mi frente e hice un saludo militar. El hombre, que estaba ya entre las lágrimas, me dio un abrazo y al parecer, con todo el esfuerzo del mundo, se alejó de mí. Ahora sí que estaba solo en el mundo, porque desde ese día en que mi padre se fue al frente y mi hermano Miron desapareció, mi madre se puso a trabajar como posesa, sin prestarme atención alguna. Estar solo es horrible, aunque la entiendo es su única distracción con esta guerra.

El camión de soldados se quedó estacionado en la esquina. El miedo empezó a bajar por mi garganta, transformándose en una sensación vacía y asquerosa. Se sentía mal.

Un hombre cruzó la calle y tocó la puerta del edificio, enseguida tocó me escondí debajo de la mesa comedor. Mis manos temblaban, pensaba que me iban a llevar, pensé por un instante en mi madre, llegando de trabajar y encontrándose con mi cuerpo inerte y una bala incrustada en mi cabeza.

Escuché pasos en la escalera; la penumbra de la noche era espeluznante, las estrellas no brillaban, la esperanza, mi mayor virtud, se esfumaba como humo de cigarro; un toque en la puerta. Dos toques. Un disparo ahogado.

“Abrieron una puerta–pensé”

Pasos en el departamento de al lado. Gritos en un idioma desconocido para mis oídos, súplicas en mi idioma. Cuatro disparos, uno tras otro. Después, nada.

Un silencio sepulcral.

A rastras llegué a la ventana y observé a través de ella. Un soldado amenazaba con su arma a un hombre. Cerré los ojos en el instante en el que el gatillo fue accionado. No estaba llorando, las lágrimas ya no habitaban en mí.

Cuando sentí que el carro militar se iba de bajada por la calle, salí corriendo hacia la morada de mis vecinos, lo que encontré me dejó con la boca abierta y horrorizado. Los respectivos disparos fueron a parar a distintas partes del cuerpo de las víctimas, sin embargo, no terminaron de hacer su trabajo, porque uno estaba vivo. Era un anciano de al parecer 64 años. Me miró suplicante y dijo:

–Muchacho, acaba con mi sufrimiento, ¿quieres?

Le negué con la cabeza.

– No me refiero a eso, chico.

– ¿Entonces?

– Sólo acompáñame hasta mi muerte.

Me senté en el suelo e hice lo que me pidió.

Mi madre llegó a casa, y lo primero que hice fue lanzarme a sus brazos. Le dije entre llanto todo lo que había pasado. Los militares alemanes, los disparos, los cuerpos y el anciano moribundo.

–No pienses que los tiempos oscuros vendrán, ya estamos en ellos. Sólo hace falta que la esperanza se vaya del mundo para que este deje de girar.

– Pero, mamá, ya no sé qué hacer.

– La único que puedes hacer es ser valiente.

– Lo he sido tantas veces a lo largo de mi existencia que ya no sé serlo.

– Vuela más alto que tus enemigos, Karol.

Con las lágrimas en los ojos asentí con la cabeza, tomé uno de mis libros favoritos y me dije:

“A partir de ahora volaré más alto que mis enemigos, sólo espero no ser derribado”.

Lucía

6 de mayo de 1955

Después de habernos escapado y haber estado hasta media noche corriendo por el pueblo, fuimos a la casa familiar. Mi abuela, Lucrecia, me abrió la puerta entre enojada y aliviada. Y dijo:

– Tu amigo puede salir.

– ¿Cuál amigo?

Ella alzó una ceja y miró por encima de mi hombro. Rodrigo estaba a unos metros con su innato pelo rizado más despeinado que de costumbre. Lo fulminé con la mirada, le dije que se quedara en su hospedaje, pero el terco no me hizo caso alguno.

– Estas no son horas para la llegada de una señorita, Lucía.

– Lo siento, abuelita – dije. – Es que nos quedamos jugando a la lleva.

– Eso tampoco es excusa, tus padres decían que “nada es excusa para saltarse el toque de queda”, ya sabes, hay grupos al margen de la ley, a pesar de que no estamos en guerra aún. – Es algo peligroso quedarse hasta las tantas.

– Señora, fue mi culpa, no la mire así a ella – dijo Rodrigo.

– No lo culpo, señor dedicado a las serenatas. – ¿Cree que no me di cuenta de la dedicatoria de hace unos días? Aunque no lo veo todo, tengo mis contactos.

Mi amigo tragó en seco. Lo miré indecisa. ¿Será que mi abuela lo echará?

– Pero, tranquilo, pase y quédese con nosotras.

La abuela me guiñó un ojo y nos dejó pasar a la casa.

Horas más tarde escuché mi puerta abrirse. Sobresaltada me levanté de la cómoda atención que me brindaba la cama. Me encontré con un sudoroso

Rodrigo, lleno de fantasmas y demonios en su semblante.

Él vino a zancadas hacia mí y me abrazó. Era la primera vez que me abrazaba; sentí toda la sangre de mi cuerpo irse hacia mis mejillas, el sudor bajar mis manos y temblor de mis piernas. La verdad era la primera vez que un hombre extraño a la familia me abrazaba.

– Rodrigo, ¿qué sucede? – le pregunté.

No me dijo nada, así que le volví a preguntar. Esta vez me respondió.

– Una pesadilla, nada grave.

– ¿Cómo que nada grave? Si mírate cómo estás.

– No te preocupes por mí, que soy un adulto y puedo manejarlo.

– ¿Y de qué trataba tu pesadilla?

Esquivó mi pregunta, se acostó en mi cama y se durmió casi enseguida.

Yo en cambio bajé al primer piso. Busqué a tiendas en la oscuridad el piano de mi bisabuelo. Cuando lo encontré me senté en él y empecé a tocar. Como me sabía las teclas de memoria cerré los ojos.

Mis dedos se movían rápidamente por el piano. Tocaba una melodía de mi invención. La melodía trataba de una familia unida, la cual es separada por la muerte de uno de sus integrantes, como me pasó a mí. La muerte de mis padres fue algo muy duro para mi persona. Fue el dolor más grande del mundo; desde ese día juré, les juré, que sería una pianista de alto renombre. Y con el concurso nacional de música al fin lo lograría.

El concurso era reconocido internacionalmente por los grandes músicos que se presentaban, aunque era una copia de muchos concursos, como el de Polonia o el de Alemania, los cuales eran concursos a los que llegaban sólo los mejores. Una de mis aspiraciones era esa. Ir a un concurso internacional, para eso necesitaba ir al nacional.

Miro hacia la ventana, los rayos de sol me deslumbran los ojos. Me levanto con dificultad, ya que el cansancio no me deja seguir despierta. Me tambaleo de un lado hacia el otro y me siento caer. Casi caigo, a no ser por unos fuertes brazos que me sostienen, volteo con esfuerzo y veo a mi amigo Rodrigo detrás de mí, lo que es una gran sorpresa porque lo creía profundamente dormido. Me voltea y nos miramos a los ojos. Me pierdo en sus ojos completamente negros, como el ónix. Pero, carraspea y se separa de mí. Oculto mi mirada de desconcierto y desilusión; “es lo

mejor- pienso”

Ambos nos dirigimos hacia la mesa-comedor. Allí reunidos están los ayudantes de cocina y mi abuela, la cual está tomando su té matutino con bollos de queso, los cuales odio con toda mi alma. Me siento a la izquierda de Rodrigo, él se come uno de esos bollos de queso horribles, no entiendo por qué le gustan a todo el mundo, si sólo son unas cosas duras que parten dientes. Cambiando de tema, mi abuela alza una cuchara y la golpea contra su taza repetitivas veces. El pequeño tintineo me vuelve loca. Dice:

– Lucía, querida, ya sé que no estás acostumbrada a la humanidad de las personas, por todas las cosas que te han pasado, no obstante, algo ha ocurrido y deberías saberlo cuanto antes.

– ¿Es una información muy difícil de asimilar, abuela?

– Algo así – dice con una pequeña sonrisa en la comisura de los labios. Ella me pasa una pequeña carta envuelta en un listón dorado. Rasgo la carta con mucho entusiasmo y cuando veo el escudo nacional suelto un grito al cielo.

– ¡Esperen un momento! Si ya estamos en temporada del concurso nacional, ieso significa que me han llamado a participar!

– ¡Y adivina, a quién han llamado como tú! – dice Rodrigo.

Nos paramos de los asientos y danzamos por todo del comedor. La alegría no me cabe. La alegría tampoco le cabe a mi compañero de música.

Somos dos en un mundo loco, en un mundo donde las personas tienen oscuros pasados y demonios dentro.

Karol

7 de diciembre de 1939

El cielo ya no es el mismo. Mi ciudad, llena de enemigos, ya no es lo que era. Mi bandera, hermosa y significativa, está manchada de rojo sangre, ya sea por la sangre de culpables o inocentes. Nuestros 8 días de celebración están prohibidos, el enemigo celebra algo llamado Navidad, festividad totalmente desconocida para mí. Lo que significaba gozo y hermosura, ahora es horror y destrucción. Cada día se llevan una familia completa, como cada día una familia alemana vive feliz. Cada día un niño judío pide limosna, cada día un niño ario recibe su recompensa por buen comportamiento o buenas calificaciones. Somos iguales a los ojos de Dios, eso es lo que siempre he pensado, es una opinión pequeña, pero, con

grandes intenciones.

Sin embargo, en estos meses de guerra, he aprendido un par de cosas, como desconfiar de todo el mundo y malpensarlo todo. Cada movimiento puede ser sospechoso, puede pertenecer a un espía o soldados encubierto. Cualquiera persona puede ser un asesino o loco, uno nunca sabe. Ya hasta aprendí a desconfiar del chico de la esquina, que de milagro sigue vivo como yo. Cada vez que lo veo me invade una gran tristeza, porque a pesar de ser un bastardo luce como una buena persona. De su aspecto no se puede rescatar mucho, porque su piel rosácea se volvió pálida y sus ojos fijos ahora siempre están mirando para abajo, pero cuando miran hacia ti es como si odiara a todo el mundo, ya sea ario o judío, negro o blanco, anciano o niño, parece que odia a todo el mundo por igual, Sus ojos ya perdieron la esperanza.

“Ese muchacho ya está perdido”, he llegado a pensar. Muevo la cabeza y alejo esos pensamientos.

Lo único que sé es que todo se ha vuelto difícil, más con la enfermedad de mi madre. Ella enfermó a finales de noviembre, y sigue muy mal. Ya hasta ha dejado de trabajar.

– Hijo mío – me llamó Ruth. Su hermosa cabellera negra se había vuelto gris con esas pocas semanas de enfermedad, la cual la estaba consumiendo muy rápido. – Ven aquí un momento.

Dejé el libro de Jane Austen sobre el piso. Y fui a atender a mi madre. Se veía destrozada, sus cejas estaban fruncidas del dolor, su mentón goteaba las lágrimas que recorrían su rostro hasta llegar a sus ojos. Mis lágrimas empezaron a brotar de nuevo. Sabía que le había llegado la hora a mi madre. Ella tan juvenil, tan hermosa, tan positiva. Le había llegado la hora como a todos, y yo no podía hacer nada.

– Eres joven, fuerte y valiente, amor. – me dijo ella. Nunca me había llamado amor, cosa que me hizo llorar más. – Vas a vivir, te lo aseguro.

– Mamá, por favor, no me dejes solo con ellos.

– Sabes que no tengo opción, Karol – me dijo entre lágrimas. Afuera estaba lloviendo y también dentro de mi corazón.

– Si Dios nos ama, ¿por qué nos hace esto? Nos quita todo; casi me ha quitado todo, mamá.

– Dios no tiene la culpa de nuestros problemas, él sólo nos cuida. Nosotros somos lo que nos descuidamos.

Miré a mi madre indeciso.

– Sólo cree, ten esperanza, esa siempre ha sido tu mayor virtud.

Veía que sus ojos se cerraban.

– Mamá... – susurré con dolor. Se me iba. Ella se iba a un lugar mejor y me abandonaba en el infierno viviente que era la tierra.

– Te amo... – y esas fueron sus últimas palabras.

Lucía

8 de mayo de 1955

La última vez que vi a la hermana Mónica ella no estaba bien. Se le veía rara, como si ocultara un secreto. Intenté que me dijera que le pasaba y lo único que recibí por respuesta fue un simple:

– Estoy bien.

Como si eso lo resumiera todo.

Ella era una persona que contaba todo. Nunca se guardaba nada. Y de repente

¡puf! desapareció. Con el lápiz entre mis dedos pienso sobre lo que hubiera pasado si Rodrigo nunca hubiera venido. Tal vez Mónica aún estuviera aquí. Mis pensamientos son interrumpidos por una novicia que está en la puerta.

– ¿La señorita Sol Ibáñez? – pregunta la novicia.

Sol es una de mis compañeras más cercanas. Desde que llegué al colegio nos hablamos, pero no estoy con ella todo el tiempo. Ahora que Rodrigo llegó no salgo en los recreos con ella.

Mi compañera se levanta y avanza hasta el umbral de la puerta. Voltea y me mira antes de desaparecer por el pasillo.

En el recreo sigo pensando en todas las posibilidades. Hasta he llegado a pensar que la hermana Mónica se fue de la faz de la tierra. Otra vez mis pensamientos son interrumpidos, pero por Rodrigo. Este me mira y dice:

– Estás muy seria.

– Intento resolver un misterio – le contesto. Y sigo pensando.

Él se queda serio y no dice nada.

Más tarde estoy en los pasillos de la escuela, sola y vagando por allí. Mientras observo las plantas unas cuantas palabras llegan a mis oídos.

– ¿Has escuchado sobre Sol Ibáñez?

– Sí, la chica que hizo que expulsaran a Mónica.

– Pobre Mónica, no se merecía tal escándalo, porque fue un escándalo.

– La más afectada fue la niña huérfana. Esa Lucía.

– Supuestamente ella estaba dudando de sus creencias religiosas y estaba enseñando a las alumnas que ciertas actitudes inapropiadas eran buenas.

– ¿Cómo cuáles?

– Relaciones sin matrimonio y otras más

– Y Sol como buena niña informó a la hermana superiora y ella cortó el problema de raíz expulsándola.

Con esto fue suficiente para echarme a correr hasta la sala de profesores a buscar a Rodrigo, debía decirle que ya lo había resuelto.

– Así que la expulsaron por ser una revolucionaria.

– Algo así.

– ¿Qué harás con esta información? ¿Atacarás a la chica? – dice con una sonrisa socarrona.

– Algo mejor. – digo sonriéndole con malicia.

Reuní el valor para convocar a todo el curso a una sesión de charla. Todas, excepto Sol. Vamos a planear algo para hacerla caer, por meterse en asuntos que no le convienen.

– Podemos gastarle una broma a lo grande. – dijo María.

– Como escondernos y conectar una manguera al grifo para empaparla. – dijo Carla.

– Mejor con globos de agua – dijo otra compañera.

– ¿De dónde sacamos los globos? – pregunta Daniela.

– Yo tengo. – dice Rodrigo sacando de su bolsillo un paquete. – Cuando era más joven hacía bromas a todo el mundo.

– No sabía. – contesto.

– Ahora lo sabes. – dice guiñándome el ojo. – Les causaba muchos estragos a las personas.

Recuerdo cómo eran las tardes en las cuales Mónica y yo caminábamos por el pueblo. Por sus puertas de grandes cerrojos y sus misteriosos colores variados. Por el mercado atestado de personas. Una época en la cual pude ser feliz. Pude ser yo. Pude ser libre.

Ahora la culpable de la expulsión de mi única familia iba a pagar y tal vez, sólo tal vez iba a volverla a ver.

Nos escondemos tras las puertas y esperamos a que llegue Sol. Es una corta espera. En cuanto aparece atacamos a diestra y siniestra. Los globos de agua la empapan toda. Cumplimos nuestro cometido. En ningún momento deja de gritarnos.

– ¡Locos! ¿Qué les he hecho?

De entre todos salgo yo a enfrentarla.

– Esto te pasa por chismosa. – le digo.

Entrecierra los ojos con desafío.

– Pensé que éramos amigas.

– Exacto, pensaste.

– ¿Esto es por lo de la hermana? ¿De verdad?

– Mónica era más que una simple hermana, era mi amiga, mi madre. – remarco la última palabra.

– ¿Y a mi qué? – pregunta.

– ¡Eres una descarada! – grita Rodrigo corriendo para ponerse enfrente de ella. La mira con el ceño fruncido.

– ¡Uh! Ahora que no puede defenderse sola, va y viene su amiguito para ayudarla. – exclama.

– Eres insoportable. – suelta una compañera.

Nos mira por última vez para luego irse corriendo.

– No le hagas caso, Lucía. – dice Rodrigo poniendo una mano en mi hombro. Apoyo mi cabeza en su mano.

Él acaricia mi cabello con la otra mano.

De camino a mi casa vamos platicando.

– Vamos a buscarla.

– ¿A quién? – pregunta distraído.

– A Mónica.

– No, no, no y no. – dice. – Mil veces no.

– ¿Por qué?

– Hay muchas razones. Tienes el colegio, yo el trabajo. Van a pensar que nos fugamos.

– ¡Eres brillante! – le digo para darle un beso en la mejilla. Se sonroja.
– Hacemos correr el rumor de que nos fugamos juntos y ya.

– No es tan fácil, Lucía. Además, puede estar en cualquier parte del mundo.

– No si preguntamos a las personas correctas.

– Es absurdo.

– No lo es, mañana preguntaremos y en unos días estaremos partiendo al lugar.

– Lo haces ver tan fácil.

– El dinero lo sacamos de tu cuenta

– No soy rico, sólo son mis ahorros.

Con eso me bastaba. Primer paso, infiltrarse en la oficina de la hermana

superiora.

Karol

24 de diciembre de 1940

Tocaron a mi puerta. Eran unos soldados. Los atendí con todo el respeto que pude, ya que si no lo hacía me ejecutaban allí mismo, en pleno apartamento. Ellos empezaron a hablar con palabras vacías, en un polaco brusco, no dulce y sensible, como el que conocía. Lo único que pude entender de su dialecto ignorante fue:

– Tome sus pertenencias más preciadas, que lo vamos a reubicar usted y a su familia al centro de la ciudad.

– Esto es lo único que tengo – dije señalando un libro pequeño de Jane Austen. Ellos pensaron que me estaba burlando de ellos, así que me mandaron a registrar, a mí y a la casa. – Es la verdad, señores.

Cuando terminaron de registrar pudieron ver que no había nada más importante allí que mi libro favorito, y claro, mi persona.

– Acompañenos.

Crucé la puerta del apartamento y derramé una pequeña lágrima. Sabía que nunca recuperaría la esperanza, que este era mi final y que nunca volvería a ver al chico de la esquina. Él con sus ojos negros como el ónix y su mirada ardiente, nunca lo vería más. De mi familia no me preocupaba porque estaban en el cielo, o eso es lo que mis sentidos quieren hacerme creer para no perder la cordura en este mundo de psicópatas.

Seguí a los soldados en un trayecto muy largo hacia el centro. La luz del sol me cegaba, no había salido del apartamento en mucho tiempo. Mis pies, calzados con los únicos zapatos que me quedaban, estaban cansados.

Se preguntarán, ¿qué he hecho en todo este tiempo?

Pues orar, orar y orar. Las noticias de la guerra nunca llegaron, lo único que sabía y que me importaba, era que Inglaterra y Francia no nos ayudaron. No les tengo rencor a su pueblo, pero sí a sus gobernantes, ellos pudieron detener esta masacre. Masacre que día a día se cobra a más y más víctimas de mi amado pueblo judío, el cual ha sufrido ya bastante. Ha sido esclavizado, reprimido y ha estado vagando por el mundo por siglos. Ya es hora de vivir bien, todos como hermanos, como comunidad que somos. Basta de guerras, basta de ignorancia en valores.

Basta ya de toda esa porquería.

Sólo sé que mi nombre es Karol Roderich Kalas y que he perdido la esperanza.

Nací en Varsovia. Afronté la invasión. Vi cómo llamaban a mi padre al frente. Estoy siendo trasladado a un lugar en el centro en contra de mi voluntad.

He visto demasiadas cosas. Hambre, pobreza, miseria y crueldad. Mi infancia acabó desde el primer momento en que los alemanes pisaron nuestro territorio.

Estoy solo.

¿Mi padre?

Desaparecido, muerto probablemente.

¿Mi madre?

Muerta por una enfermedad. Gripe.

¿Mi hermano?

Puede que una bomba se lo haya llevado o que se haya ido a Suiza. Uno nunca sabe.

La buena suerte cayó en manos del único que no debía tenerla. El menor, el más fuerte

¿Qué se espera de mí?

La muerte.

La esperanza y la suerte no están de mi lado.

13 de enero de 1941

Me levanto con mucho trabajo del suelo. Mi habitual cama. Los colchones son escasos, así que no hay más remedio que dormir de esta manera.

Comparto una habitación con más de veinte personas desconocidas, eso incluye baño y cocina. Las condiciones del gueto son sumamente deplorables. Como cada mañana evito el montón de cuerpos tirados en el suelo y salgo a la fría calle a buscar algo para comer.

Desde que mamá murió he tenido que trabajar en los puestos de comida para poder permitirme una alimentación promedio. Es lo mejor que puedo conseguir.

Hay escuelas y orfanatos, pero no quiero estar en esos lugares. Hay una organización que se encarga del bienestar de los niños, pero no quiero que nadie me cuide, quiero actuar yo.

Muchas veces he tenido que robar. No es algo de lo que esté muy orgulloso. Lamentablemente a veces también ayudo en las fábricas, dónde se contribuye con la guerra con balas y esas cosas estúpidas que usa el ser humano para autodestruirse. No es el mejor trabajo, pero hay que alimentarse.

Camino entre la atestada calle. Puestos de verduras, librerías, personas mendigando y niños corriendo por allí. Todo tan normal. Todo lleno de hipocresía. Después de unos minutos llego al puesto de verduras en el que trabajo.

– Buenos días – le digo a la señora que habitualmente atiende el puesto. Es de baja estatura y siempre tiene la cara sonrosada.

– Buenos días, Karol – dice regalándome una sonrisa. – ¿Cómo te ha ido?